

PENSAMIENTO XXXII.



UN Negro tiene el color del cutis , y el pelo diferente de el nuestro , la nariz chata , y los labios gruesos : luego es un bruto. Un Turco se sirve de turbante en vez de sombrero : luego es un barbaro. Un Canadiense , y un Iroques presentan por señal de paz un Calumet * en vez de una vanderá blanca : luego son salvages. Tales son nuestros raciocinios : mas torpes, salvages , y barbaros , que estos, aquellos , y los otros. Solo nue-

I 2

tras

* Grande pipa de fumar , hecha de marmol , y adornada de cabezas , y alas de pajaros de hermosos colores. Los Iroqueses la llaman *Ganandoe* , y los Canadienses *Paogan*. Es simbolo de paz, y el sello de todos los negocios de consecuencia , de las empresas , y ceremonias públicas.

ras costumbres , y nuestros usos
 nos parecen sensatos ; y por efecto
 de vanidad , y de orgullo olvidamos
 que la razon es natural de
 todos los climas , y que se encuen-
 tran razon , y genio donde quiera
 que hay hombres. El amor , que la
 naturaleza ha gravado en nuestros
 corazones para con el País , en que
 hemos nacido , es una de las virtu-
 des mas utiles à la conservacion de
 la sociedad ; pero sucede con ella
 lo que con otras muchas , en las
 quales mezcla nuestra vanidad , ò
 nuestra preocupacion una tintura
 viciosa , que altera toda su pure-
 za. Todo lo corrompe el amor
 proprio. Las preocupaciones sue-
 len hacer ridiculo en un particu-
 lar el mismo amor à la Patria , que
 apenas puede alabarse bastante en
 el comun. Es mas dificil de lo que
 se piensa el deshacerse enteramen-
 te

te de todos los errores nacionales, que vician nuestra razon, y nos impiden colocarnos en el verdadero punto de vista, que convendria para examinar bien los objetos, à que no estamos acostumbrados; pues à pesar de qualquiera precaucion, siempre los vemos al través de un vidrio, que los aumenta, ò disminuye; y no pocas veces nos los representa con coloridos, que no les son propios. La fuerza de la costumbre nos arrastra, y nos hace condenar usos, que no tienen mas defecto, que no ser nuestros. Acostumbrados al sombrero, no podemos figurarnos que sean gentes de razon las que se sirven del turbante. La simplicidad passa por grosseria entre los que no reflexionan quanto tiene de arbitrario lo que llamamos *Politica*; y por barbarie todo lo que no es análogo

à nuestras idéas, como si las Naciones, á quienes motejamos de barbaras, no tuviesen casi las mismas razones para aplicarnos el mismo epitheto, y fuesen tales nuestras costumbres, que no pudiesen ridiculizarse del mismo modo que ridiculizamos las ajenas.

No creo necesite de prueba esta verdad. Sin embargo, para corroborarla, y humillar un poco nuestra soberbia, he querido incluir en este Discurso un Dialogo, que pasó en mi presencia entre un Caballero, bastante conocido en Madrid, y un Canadiense, criado fuyo, llamado Sam.

M. Sam..... Sam..... Sam. —

Sam. Señor. — ¿Dónde estabas? —

Aqui, — ¿Y cómo no me respondias? ¿Qué tienes? Estás descontento? — Si estoy. — ¿Y por qué

— Por poca cosa. Porque me has

sa-

facado con engaños de mi tierra, y me hallo yá sin esperanza de volver á ver à mis Caciques , à mi muger , y á mis hijos , y de asistir à nuestros Tabagias , * à la caza , y á la pesca. Pero dime, Señor: ¿ Què mal te hacia yo en mi País para traherme á éste? Tú no puedes olvidar , que en la guerra con los Hurones, y los Algunkinos ** te hice mi prisionero. Tu muerte, ò tu vida estaban en mi mano. Tu vete lastima , y te dexè vivir. Después te cobrè amor: partìa contigo mi sustento, y te guardaba las mejores pieles de castor. Te acompañè en el mar: en todas ocasiones

* Especie de festin , en que suelen passar los Canadienses dias , y noches, dedicados à comer , baylar , y fumar.

** Pueblos de la parte occidental del Canadá.

nes he sido como un perro fiel,
 velando mientras tú dormías, pa-
 ra librarte de las manos de los
 malos ; y tú sabes muy bien si
 mi brazo ha sabido defenderte.
 Todo esto me parece merecia me-
 jor premio ; pero tú , mas cruel
 que el cocodrilo , me has paga-
 do con engaños : en fin , me has
 tratado como à un barbaro. —
 No , Sam mio. Tú mismo eres el
 que te engañas. Yo reconozco , y
 agradezco tus servicios. El modo
 con que te trato , en nada desmien-
 te esta verdad. Tú eres el deposti-
 tario , y aun el dueño de quanto
 yo posséo. — Todo esto es muy
 lindo. Sin embargo , desde que es-
 tamos en esta tierra , noto en tí una
 muy grande diferencia. Tú quieres
 tener dominio sobre mí. Sam.....
 venga Sam , vaya Sam. Allà en mi
 País no era así. Siempre te tratè

como si fuerdes mi hermano ; y tú fingias estar contento con esto. En fin , te has mudado : no eres el mismo que antes : ayer me reñiste mucho , y me trataste , como si yo fuese tu esclavo. — ¿ Pero no te havia de reñir , si haviendote dejado en casa , para que cuidasses de ella , me la abandonaste por irte á pasear ? — ¿ Para que cuidasse de tu casa ? Pues que necesidad tiene de que yo la cuide ? No : no tienes que rezelar. Vosotros haceis las casas , como si huviesseis de vivir siempre , y no hay peligro de que se escapen. — No lo entiendes. El cuidar de la casa , consiste en guardarla , para que no entren ladrones en ella. — ¿ Ladrones ! ¿ y que animales son estos ? En mi tierra no hay animales de este nombre. — No extraño tu ignorancia ; pero es preciso que sepas , que los ladrones

nes son una gente maligna , y astuta , que aprovechandose del mas leve descuido , roban quanto se les presenta ; y que assi , para precaverse de ellos , es forzoso vivir con sumo cuidado. — ¿Y hay ladrones entre vosotros ? ¡ Què ! ¿puede haver ladrones en un Pueblo , en que , segun tú me has dicho , hay tanto orden : donde las Leyes castigan el robo con penas severas en esta vida , y la Religion amenaza con otras mas terribles en la otra ? — Todo esso es verdad ; pero no impide el que haya ladrones entre nosotros. La debilidad de los hombres , su malicia , su pereza ; y sobre todo , la ceguedad , con que se lisonjean de poder ocultar sus delitos , los inclina al robo. — ¿Y con todo os teneis por Pueblos civilizados , y religiosos ? ¿ Què quieres que te diga ? En nuestra Nacion,

que

que tú , y los tuyos tratais de barbara , y salvage , no se conoce este delito. Las puertas de nuestras cabañas están sin cerrojos , ni candados ; y no es esto lo mejor ; sino que tampoco los necesitamos. Nosotros nos exercitamos en la caza , y en la pesca. Es verdad , que nada tenemos superfluo ; pero tampoco nos falta lo necesario para vivir ; y este *necesario* sería un objeto , bastante , si , como vosotros , estuviésemos dominados por la malignidad , y no tuviésemos por maxima no hacer con nuestros vecinos , lo que no querriamos hiciesen ellos con nosotros. En fin , estamos persuadidos à que no es razonable quitar à otro lo que le pertenece , y esto nos basta. En una palabra : entre vosotros hay leyes , que prohiben el robo , y castigos prontos para los ladrones. Nosotros

tros no tenemos estas leyes; pero tampoco conocemos semejante delito. ¿Cuál vale más? — Tienes razon. Este, y otros vicios deshonorarian nuestras costumbres, si no entrasse à la parte la reflexion, de que es imposible contener enteramente la debilidad, ò la malicia de los hombres; y que no puede pedirse otra cosa á un Pueblo civilizado; que el tener leyes, por las quales no queden impunes los delitos, y se asegure del modo posible la conservacion de los Ciudadanos; y la tranquilidad del Estado. — Todo esto està muy bien dicho; pero lo que yo véo es, que á pesar de estas leyes, y de estos castigos, hay ladrones entre vosotros; y esto yo no sé cómo entenderlo; pues es preciso, ò que no entendais, ni tengais noticia de vuestras leyes, ò que os burleis de las

pe-

penas , que éstas imponen. Aunque, si he de decir verdad , yo vèo entre vosotros tantas ridiculeces , y tantos delirios , que no es esto lo que mas me admira. Vosotros debeis de tener leyes para todo ; y buenas, ò malas , vuestras , ò ajenas , las acomodais à vuestro gusto , y no me parece os deteneis mucho en sus consecuencias. Yo he examinado con curiosidad cómo se sentencian vuestros pleytos : cómo se eligen Prelados en vuestras Religiones ; y cómo determinan vuestros Cabildos, y vuestras juntas , y en todas estas cosas hallo una irregularidad , que me ha hecho perder mucha parte de la estimacion , en que al principio os tuve. El que tiene mas votos à su favor , gana el pleyto : el que tiene mas votos en la eleccion , es Prelado ; y en fin , la determinacion , que tiene mas votos,

tos , es la que prevalece.... — ¿Pero
 què es lo que estrañas en esta prác-
 tica? Mas facil es sin duda , que se
 engañe uno , que tres. Menos difi-
 cil es atraher à su partido por in-
 terès , ò amistad à un hombre,
 que el ganar à tres , ò quatro. Esta
 es la práctica de todas las Nacio-
 nes , y que la experiencia ha hecho
 adoptar por mas cuerda , y menos
 expuesta à errores. — Pues yo créo
 todo lo contrario , ò es mentira
 todo lo que me has dicho tantas
 veces. ¿No te acuerdas haverme di-
 cho en muchísimas ocasiones , que
 el numero de los ignorantes es in-
 finito , comparado con el de los
 sabios , y que para un hombre,
 que vè la luz , hay millares , que
 viven en tinieblas? Pues si esto es
 así , ¿por què se ha de preferir el
 voto de muchos , quizá ciegos , al
 de uno , tal vez ilustrado? — Deja
 ef-

estos asuntos , que no son para tu capacidad. Basta saber , que este es el uso , y que sin duda será acertado , quando no lo han reclamado nuestros padres en tantos siglos. — ¡ Vuestros padres ! — Si , nuestros padres : ¿ de qué te admiras ? — Creía que no teniais padres , ni madres. — ¿ Pues qué ? ¿ Hemos nacido milagrosamente ? Cierto ; que estás muy raro. — No entiendo yo , que nazcáis por milagro ; pero me admiro de que llameis padres , y madres à los que os dieron el ser , solo por este motivo. Si vuestros padres huviesse[n] tenido cuidado de vosotros , y vuestras madres os huviesse[n] alimentado , sería justo darles estos titulos ; pero dár nombre de padre à un hombre , que apenas os vè nacer permite que os arrojen de su casa , y de su presencia , y que quando de-
 bia

bia ayudaros con sus luces, y formaros con su exemplo, os entrega à hombres alquilados, que no os tienen amor, ni se interesan fino solo en su ganancia; y llamar madre à la que, con un corazon duro, como un pedernal, os niega el sustento, tengolo por necesidad, y aun por locura. Tú debes acordarte de la ternura, con que se portan las madres de mi País: del cuidado, con que nos crian, y de las atenciones, que les merecemos. Es verdad, que allá prohíbe la ley, que la muger, que ha dado à luz un hijo, véa à su marido particularmente hasta passados dos años, y esto créo que hace mucho al caso. El clima de esta tierra no es tan templado, y yà se vé, que en esto no tienen culpa los habitantes. — ¿Tambien eres malicioso? Deja, Sam, essas cosas, pues

no

no estás en estado de poder juzgar de ellas. Nosotros veneramos à nuestros padres , como es debido, y solo un barbaro puede condenar esta veneracion. — Yá te entiendo. Tú me dices muy bonitamente , y con mucha claridad , que soy un barbaro. Sealo en hora buena ; pero no por esto dejarè de conocer, que así como vuestros padres no lo son de véras , así tambien vuestra veneracion para con ellos es una pura burla. Yo no alcanzo vuestro modo de pensar ; ni créo, que nadie sea capáz de alcanzarlo , ò me engaña mucho mi rudeza. Haceis alarde de obedecer à vuestros padres, y esto no dura, sino en tanto que sus ordenes se acomodan à vuestro gusto, dejando burlada su potestad , y haciendo vano el nombre de *obediencia* siempre que se os antoja ; y aun no es esto lo peor , ni lo mas

ridículo, si se observa, que los hijos, que segun vuestras leyes no pueden hacer contrato alguno, ni aun en la cosa mas leve, porque sería nulo, hacen contratos de alianza, que son muy validos; y el mismo hijo, ò hija, que no tiene facultad para disponer de sus zapatos, la tiene para disponer de su voluntad, haciendoos tragar, à pesar vuestro; un yerno, ò una nuera, que os deshonran, y obscurecen vuestra familia; y si esto no es contradiccion, no sè que las haya en el mundo. A lo menos entre nosotros no havrás visto exemplo de esta naturaleza. ¿ Si los huvieras visto, què nombres los darias? ¿ Pero por què me admiro de esto? Las ridiculeces, que hay entre vosotros, son tantas, y tales, que no pueden numerarse. — Nos honras mucho. — Yo no honro, ni deshonro.

10. Digo mi sentir , sin lisonja , ni artificio ; y si me engaño , no es por malicia , ni por querer engañarme , ni baldonaros con mis observaciones ; sino porque realmente véo cosas , que à mi parecer son barbaras , y me hace mas novedad verlas establecidas entre vosotros , que no solo os teneis por instruídos , y civilizados , sino que nos tratais à los demàs de salvages. Y si no , dime : ¿ Puede haver cosa mas monstruosa , que vér el cuidado , que poneis en comprar una mula , y el descuido , con que dais maridos à vuestras hijas ? Para comprar la mula haceis venir al Herrador : la pasiéa , y examina con mucha prolixidad , si tiene algun defecto , y sobre todo , si està sana ; y no dais vuestro dinero hasta estar muy seguros de que no vais engañados en la compra. Por otra par-

te ; què es lo que haceis para dár maridos à vuestras hijas? Nada. Os contentais con examinar , si es rico, y si , aunque sea de cien leguas , tiene parentesco con algun titulo , y à esto se reduce todo vuestro examen. Que tenga buena , ò mala conducta : que estè sano , ò enfermo : todo os es indiferente ; y no parece sino que estimais mucho mas los cinquenta doblones , que dais por una mula , que à vuestra propria hija. — Confieffote , que tienes razon. Es verdad , que en este particular hay un notable descuido , que no pocas veces ha ocasionado consecuencias muy funestas. Pero no es bastante esta negligencia para que tan generalmente nos trates de locos , y ridiculos. — Ahora , que hablamos de locos , me haces acordar de una especie. El otro dia estuve en el Hoispital General. — ¿ Y què

què te pareció? — Muy bien. Digo-
 te la verdad : este establecimien-
 to , que ha hecho vuestra caridad
 para restablecer la salud de vuestros
 hermanos , me ha parecido una
 obra muy piadosa , y muy propia
 de la humanidad ; y yo quisiera , que
 en mi País se hiciesen semejantes
 fundaciones. Pero no puedo olvi-
 dar una cosa , que me hizo reír à
 carcajadas , y aun ahora apenas me
 permite contener la risa. — ¿Y cuál
 fuè? — El patio de los locos. —
 Verías alli raras manías. Sin em-
 bargo , Sam , este no debe ser as-
 unto de risa , sino antes bien de
 compasión. Los pobres , que han
 tenido la desgracia de perder el
 juicio , son acreedores à nuestra las-
 tima , y..... — Que no es esto. Lo
 que me hacia reír era el vér un pa-
 tio tan pequeño , y tan corto nu-
 mero de jaulas ; porque si se han

de encerrar los locos , bien pueden encerraros à todos ; y à fé , que para solo los de Madrid , apenas créo , que bastaría una casa tan grande como esta Villa. — ¿ Por tan locos nos tienes , y crees , que esté tan estendida esta epidemia ? — Mira , hablemos claro. Bien créo yo , que hay muchas personas cuerdas , de juicios , y entendimientos sanos ; pero en general todos sois locos , y locos malignos , artificiosos , y que siempre andais procurando echar vuestra malicia à puerta ajena. No por esto quiero decir , que seais freneticos , ò de aquellos locos , que solo lo son por accidente. No por cierto. Yo solo os tengo por locos de aquella especie , que produce la naturaleza ordinariamente , y de que à mi parecer está poblado todo el mundo , los quales jamás se curan , y son siempre igualmente

te

te locos. Y si no, dime: ¿ No es verdad, que todos teneis vuestras manías? Esto es innegable. Unos la tomáis por ir muy ricamente vestidos, haciendo consistir todo vuestro merito en un poco de tela, que solo debia servir para decencia, y para abrigo: otros, por ir muy bien peynados: otros, por juntar mucho dinero, que de nada les sirve: otros, por gastar el suyo, y el ageno. Unos presumis de valientes: otros de bien parecidos: otros de sabios: otros de prudentes; y otros de otro sin numero de cosas, que no tengo presentes; ¿ y què es todo esto, sino una locura? ¿ Y cuál de vosotros está sin tener su buena porcion de este genero? Mira si tengo razon para creer, que sois faltos de juicio, y que si encerrais como locos à algunos infelices, es por persuadir, que los que

no lo están son de otra especie. — Nos haces mucho favor , y es lastima , que no vayas pregonando por las calles lo que acabas de decirme; pues estoy seguro de que no faltaría quien te diese las gracias. — Esto yá yo lo créo , y tambien, que me las darian de modo , que no quedasse contento ; pero yo me guardarè muy bien de hacer lo que dices. Os conozco bastante para saber cuánto os amargan las verdades , y que , à pesar de conocer la razon , estais tan mal con ella, y tan bien hallados con vuestros caprichos , que no podeis sufrir, que alguno se tome la licencia de hacerosla conocer. — A lo menos no puedo negar , que eres ingenuo. — Bien puedes creerlo. Nosotros no conocemos el disímulo, y decimos las cosas del mismo modo , que las concebimos. Pero aún me

me tendrías por mas ingenuo, si te hablára de otras ridiculeces, que he notado, y vosotros no debéis de conocer. Si te hablára, por exemplo, de la ridiculèz de sufrir, que vuestras mugeres lleven los pechos descubiertos, y tener un cuidado muy escrupuloso de que no se les véan los tacones. Si te expusiera mis observaciones sobre vuestras amistades, devocion, diversiones, y juegos. Entonces conocerías si los salvages tienen ojos. — Yá lo véo, y hallo, que los tienen mas perspicaces de lo que pensaba; pero, Sam, no tienes que cansarte. El descubrir vicios, y ridiculeces en nuestras costumbres, no quita, que haya mucho de uno, y otro entre vosotros. Tú miras mis defectos, y no véas los tuyos. — Hace mucho tiempo, que pienso de esse modo, y este es el punto à que queria tra-

traherte. ¿Si todos tenemos vicios, y virtudes, defectos, y ridiculeces, por qué nos debemos creer tan diferentes unos de otros, que os apropiéis el ser discretos, y prudentes, y à nosotros nos dejéis solamente los titulos de salvages, y barbaros? Convengamos, pues, de buena fé, en que con muy corta diferencia todos los hombres somos unos, y que si hay vicios en el centro del Canadá, no los hay menos en el de tu País. — Tienes razon.

Este fuè con muy corta diferencia el Dialogo, que passó entre el citado Caballero, y el Canadiense; pues aunque varía algo en las expresiones de éste, que eran mas sencillas, no varía en la substancia. Bastante material hay en sus reflexiones, si queremos bajar el tono de nuestro orgullo, y considerar, que las mismas razones, que no-

so-

fotros tenemos para tratar de barbaras las costumbres de algunas Naciones , tendrian éstas respecto de nosotros. Que un Japonès crea estár en postura mas humilde , quando està sentado , y un Européo, quando està en piè , todo esto es muy indiferente à la humanidad. Cada Nacion tiene sus ceremonias autorizadas por el uso. Las que difieren de aquellas , en que nos hemos criado, pueden causar novedad, pero no admiracion. Lo contrario es prueba de un pequeño espíritu, y de menos reflexion. Los hombres lo son en todas partes : sus corazones merecen nuestro examen ; pero no sus usos , ni sus trajes , que dependiendo solamente del clima , ò de la costumbre , nada pueden quitar , ni añadir à lo esencial del hombre.

Acabarè este Discurso con un
 frag-

fragmento de Carta , escrita por un Viagero , natural de Siam. En ella parece quiso hacer la descripción del juego , que créo se llama *Lanscanet* , ò *Sac Janet* ; y dice así:

„ Estos Européos dicen , que
 „ no adoran sino à un solo Dios.
 „ Ellos lo dicen ; pero yo no puedo
 „ creerlo , pues à mas de las Damas,
 „ à quienes ofrecen muy humildes
 „ votos , tienen otras muchas Dei-
 „ dades , à las quales sacrifican , co-
 „ mo yo lo he observado en una de
 „ sus Assamblèas , adonde me lle-
 „ varon dias passados.

„ Veíase en ella un grande Al-
 „ tar redondo , adornado de un ta-
 „ pete verde , iluminado en el me-
 „ dio , y circundado de muchas per-
 „ sonas , que estaban sentadas del
 „ mismo modo que nosotros acos-
 „ tumbramos hacerlo en nuestros
 „ sacrificios domesticos.

„ En

„ En el instante que entrè, uno
 „ de estos, que, segun lo que ob-
 „ servè, debia ser el Sacrificador, ef-
 „ tendiò sobre el Altar algunas ho-
 „ jas sueltas de un pequeño libro,
 „ que tenia en las manos. Sobre
 „ estas hojas estaban representadas
 „ varias figuras muy mal pintadas,
 „ que à mi parecer eran imagenes
 „ de algunas Divinidades; pues à
 „ medida, que se iban repartiendo
 „ à los circunstantes, ponian estos
 „ sobre ellas una oferta, cada uno
 „ segun su propria devocion; bien,
 „ que tambien observè, que estas
 „ ofrendas eran mucho mas consi-
 „ derables, que las que ordinaria-
 „ mente hacen en sus Templos pù-
 „ blicos.

„ Despues de la ceremonia, que
 „ os he dicho, el Sacrificador puso
 „ su mano tremula sobre las demás
 „ hojas de aquel libro, y se man-

„ tu-

„tuvo algun tiempo como sobre-
 „faltado del temor , y casi sin ac-
 „cion. Todos los demás circunf-
 „tantes , atentos à lo que èl hacia,
 „quedaron igualmente suspensos , è
 „immoviles. Empezò el Sacrifica-
 „dor à volver algunas hojas , y los
 „asistentes à agitarse poco à po-
 „co , aunque con alguna diferencia.
 „Unos , juntando las manos , y cu-
 „biertos sus rostros de alegria , da-
 „ban gracias al Cielo. Otros mi-
 „raban fijamente su imagen , rechi-
 „nando los dientes. Estos se mor-
 „dian los labios , y los dedos ; y
 „aquellos pateaban la tierra. En
 „suma , casi todos hacian posturas,
 „y contorsiones tan estrañas , que
 „apenas les quedaba figura de hom-
 „bres. Pero apenas el Sacrificador
 „huvo vuelto cierta hoja , quando
 „èl mismo entrò en furor : despe-
 „dazò el libro , y lo devorò con

,, rabia : arrojò el Altar , y maldijo
 ,, el sacrificio. Yà no se oia otra
 ,, cosa sino lamentos , gemidos,
 ,, gritos , è imprecaciones. Confies-
 ,, soos que me quedè pasmado , y
 ,, confuso. Yo no sè lo que esto
 ,, sea , ni en què consista ; pero à
 ,, juzgar por las apariencias , no pu-
 ,, de creer otra cosa , viendo estos
 ,, hombres tan fuera de sî , y tan
 ,, furiosos , sino que el Dios , que
 ,, ellos adoran , es un Dios zeloso,
 ,, y que para castigarlos , à causa del
 ,, sacrificio , que hacen à otras Dei-
 ,, dades , embia à cada uno de ellos
 ,, algun diablo maligno , que los
 ,, agite , y atormente.

Muy grosseramente se engaña-
 ba el Viagero Siamès ; pero es pre-
 ciso perdonarle su error , y tener
 compasión de su ignorancia. Es-
 tas Naciones Orientales , mal disci-
 plinadas , è incapaces de los primo-
 res

res Européos , son tan barbaras , & incultas , que ; como acaba de verse , ha havido individuo de ellas , que ha tenido la digníssima , y nobilíssima profesion del juego por idolatría , y à los Jugadores por Idólatras.